

nencia, so pena de perder sus bienes temporales y de quedar privados de sepultura.

Muerto el rey Edmundo (946) por un ladrón á quien quiso detener en su cuarto, le sucedió su hermano Edredo, á causa de los pocos años de Edui, hijo de Edmundo, y siguió las ideas religiosas de este buen príncipe. Aunque murió después de haber reinado nueve ó diez años, era todavía muy jóven el príncipe Edui para gobernar con prudencia. No tuvo para esto otras guías que sus inclinaciones y las gentes de su edad. Apenas acabó de comer con los prelados y señores del reino el mismo día de su coronación, los abandonó de repente para encerrarse con una muger á quien obsequiaba. Propuso el arzobispo Odon que pasasen algunos hombres de juicio y autoridad á fin de que le manifestasen cuán extraña era su conducta. San Dunstano, que era entonces abad de Glastemburi, fué elegido para esta comision con un obispo pariente suyo, y representó al rey con tanta viveza las consecuencias que podía tener su pasión imprudente, que habiéndole separado de los brazos de aquella infeliz muger, volvió á ponerle la corona y le llevó á la presencia del arzobispo. Mas aquella muger ejerció la venganza con mas ahinco que el rey, y asestando su rabia contra el santo abad, no dejó tranquilo á Edui hasta que logró su destierro, siendo despojado su monasterio de todos los bienes que poseia (1).

No obstante esto, el arzobispo con un procedimiento no menos singular que el genio de su nacion, consiguió que saliese de la córte aquella concubina, después de haberla desfigurado y marcado con un hierro hecho ascua. Teniendo el atrevimiento de presentarse segunda vez al cabo de algun tiempo, la cogieron los criados del arzobispo, la cortaron los jarretes, y acabaron con

(1) Vit. S. Od. num. 42.

ella miserablemente. Formóse después un partido fuerte y numeroso que destronó al rey Edui, y puso en su lugar á su hermano Edgar (959). Celebró el nuevo rey una junta general de todo su reino después de esta revolucion, anuló las disposiciones injustas de su hermano, y procuró reparar todas sus violencias. Al punto levantó el destierro al santo abad Dunstano, y habiendo vacado después el obispado de Worchester, le obligó Edgar á que le aceptase. Le consagró el arzobispo Odon; pero en la ceremonia en vez de llamarle obispo de Worchester, le llamó arzobispo de Cantoberi, con cuyo motivo le avisaron los que estaban á su lado, creyendo que habia padecido equivocacion. «Hijos míos, les dijo, yo sé muy bien lo que hago, ó por mejor decir, lo que hace en mí el Espiritu de Dios. A la verdad, es ahora Dunstano obispo de Worchester, pero después de mis dias gobernaré toda la iglesia de Inglaterra.» Habiendo muerto luego el obispo de Lóndres, las necesidades urgentes de esta iglesia y de la Gran-Bretaña en general fueron causa de que se diese tambien este obispado á San Dunstano, quien de este modo fué á un mismo tiempo obispo de Lóndres y de Worchester. Muchos años antes habia reunido San Medardo los dos obispados de Noyon y de Tournai en las Galias.

Después de la muerte del santo arzobispo Odon, no parecia que hubiese de verificarse su prediccion relativa á que habia de sucederle en la silla que él ocupaba. Hubo en efecto dos prelados que obtuvieron sucesivamente esta gran dignidad por haberla dorehusa Dunstano con una constancia inencomible en estas dos ocasiones de vacante. Pero el primero de estos dos arzobispos, llamado Elfego, que habia ganado los votos á fuerza de dinero, murió de frio yendo á Roma á buscar el palio; y el segundo, que se llamaba Berthelin, dió muestras de tan poca

capacidad que fue preciso deponerle al cabo de algunos dias: por lo que se recurrió tercera vez á Dunstano, á quien persuadieron los obispos, de acuerdo con el rey, que debia sacrificar su escrúpulo particular al bien general de la iglesia de Inglaterra. Marchó pues inmediatamente á Roma, donde recibió el palio, cumpliéndose así la prediccion de San Odon acerca de San Dunstano, que era sobrino suyo segun algunos historiadores y le sucedió en su dignidad (961).

Habia nacido en el país de Ouessex cerca de Glastemburi, monasterio antiguo, cuyas posesiones se habian apropiado los reyes y en el cual no quedaba ningun monje (1). Sus padres cuidaron de que se le educase en esta casa, ocupada entonces por algunos irlandeses que enseñaban á la juventud. Después de haber recibido las órdenes menores, pasó á la córte donde su ilustre nacimiento y su alta sabiduria le conciliaron la estimacion y aprecio del rey Edmundo, el cual le cedió el territorio de Glastemburi. Pero la corrupcion del siglo hizo que se olvidase de las obligaciones en que estaba empeñado, sin que bastasen para recordárselas los disgustos que son inevitables en los validos y ciertas desgracias nada comunes que le sobrevinieron. El piadoso obispo de Winchester Elfego, que era pariente suyo y le habia recogido en su casa, le exhortaba tambien aunque inútilmente, cuando le acometió una enfermedad que le puso á las puertas de la muerte; y la eternidad, mirada de cerca, triunfó de todos los obstáculos. Luego que curó, recibió el hábito monástico de mano de Elfego, el cual le ordenó de sacerdote después de los intersticios convenientes, y le dió por título la iglesia de Nuestra Señora de Glastemburi, segun la costumbre que no permitia or-

(1) Act. SS. Bened. saec. V, pag. 669; Bolland. ic 19 Maji.

denar á ningun secular ni regular sin que tuviese algun título.

Después de haber hecho unos progresos muy sólidos en la piedad bajo la direccion del obispo Elfego, marchó á Glastemburi á servir en su iglesia, y formó al lado de ella una celda mas parecida á un sepulcro que á la habitacion de un hombre vivo; no tenia mas que cinco pies de larga, dos y medio de ancha y la altura precisa para poder estar de pié. El trabajo y la oracion, acompañada de ayunos rigurosos, le ocupaban todo el tiempo y le atraieron un gran número de admiradores que publicaron sus virtudes por todas partes. Habiendo muerto sus padres, y no estando en Inglaterra escludidos los monges del derecho de heredar, como no lo estaban tampoco en otros varios países, se halló heredero de inmensas riquezas en calidad de hijo único. Dió á la iglesia de Glastemburi las tierras que estaban mas inmediatas á ella, y estableció allí una comunidad numerosa de la cual fué el primer abad, fundando además otros cinco monasterios en varios parages, desde donde se esparcieron por todo el reino la piedad y la doctrina; de suerte que San Dunstano es mirado justamente como el restaurador de la Religion en toda la Inglaterra.

Pero fué aún mucho mayor su celo cuando se vió colocado á la cabeza de la gerarquia británica; pues visitó todas las ciudades del reino y de los países adyacentes, buscando á los que no eran todavía cristianos para convertirlos, y moviendo á los antiguos fieles á abrazar la virtud con tan devoto celo y elocuencia que era casi imposible resistirse á ella. Él hizo que el rey Edgar castigase severamente á los ministros de la Iglesia que deshonoraban su profesion con su incontinencia, ó con la afición á la caza y con la solicitud de los negocios temporales y de los empleos lucrativos. Por medio de esta noble y sabia dis-

ciplina dió tal estimacion al estado eclesiástico en Inglaterra, que las casas mas illustres tenian á mucho honor que le abrazasen sus hijos; y mostraron toda la emulacion que inspira la virtud cuando no se asciende á las dignidades por medios vergonzosos. Se limpió el reino de todos los habitantes capaces de inficionarle, y salieron de él, por la autoridad del rey Edgar, todos los ladrones, sacrilegos, perjuros, envenenadores, sediciosos, parricidas y las mugeres que conspiraban contra la vida de sus maridos; en una palabra, todos los que podian scitar la ira del cielo y turbar el orden y a seguridad pública.

El santo primado daba el primer impulso y ponía la última mano á todas estas buenas obras. Jamás se vió mayor actividad y perseverancia en el trabajo. Estaba continuamente ocupado, y la oracion era, por decirlo así, su único descanso. Además de esto se empleaba en terminar las desavenencias que se suscitaban, en pacificar los ánimos irritados, en refutar á los hereges, en corregir los ejemplares defectuosos de los libros sagrados, en dar una idea exacta de la verdadera disciplina, en anular ó revalidar los matrimonios segun lo exigian los casos, en reparar los lugares santos ó construirlos de nuevo, y en socorrer con las rentas de la Iglesia á las viudas, á los huérfanos y á las personas desvalidas de cualquier clase y condicion que fuesen.

Su firmeza era igual á su actividad y beneficencia. Un caballero de los mas poderosos del reino se habia casado con una parienta suya y no queria separarse de ella, sin embargo de que Dunstano se lo habia advertido ya hasta tres veces. El arzobispo le prohibió la entrada en la iglesia. Pero el incestuoso imploró la proteccion del rey contra el exceso de severidad que suponía en su pastor, y engañado el soberano escribió al arzobispo para que levantase la

censura. Lejos de conceder Dunstano la absolucion á un hombre que se habia valido de la mentira y del favor, excomulgó públicamente al reo hasta tanto que se corrigiese. Obstinándose mas y mas este grande, recurrió al Papa, y halló el secreto de obtener unas letras subrepticias, por las cuales se mandaba espresamente al arzobispo que le reconciliase con la Iglesia. Cuando yo le vea penitente, respondió el Santo, haré con mucho gusto lo que pide el Papa; pero no permita Dios que la Cabeza de la Iglesia me obligue á hacer despreciables sus censuras, y que ningún mortal me impida observar la ley del Señor. El vigor del santo ministro puso á cubierto el honor del ministerio, y movió en fin á aquel hombre obstinado á que se arrepintiese sinceramente, de modo que no solo renunció su matrimonio ilícito, sino que celebrándose un concilio general del reino (969), se presentó en él con los pies descalzos, con un vestido grosero, y con un azote en la mano en señal de sumision; se arrodilló delante de su obispo llorando amargamente, y enternecido este al ver sus lágrimas, le admitió á la penitencia y alzó la excomunion con grande aplauso de todo el concurso.

La autoridad pastoral de San Dunstano no fué menos severa respecto del mismo rey. Sin embargo de que Edgar era muy religioso, llegó á olvidarse de esta religiosidad y cayó en la impureza mas enorme y escandalosa. Habiendo ido al monasterio de Wilton, quedó prendado de la hermosura de una ilustre joven que estaba en clase de educanda entre aquellas religiosas, y quiso hablarla á solas. La virtuosa y tímida pensionista tomó el velo de una religiosa y se cubrió con él la cabeza, como si fuera una salvaguardia contra el peligro que temía. Díjola el rey cuando ya estaba á solas, y acercándose á ella: ¿qué pronto te has hecho monja! y pasando de las palabras á ciertas

libertades criminales, y aun á la violencia, la quitó el velo y se abandonó al último esceso; infamia que fué tanto mas escandalosa, dice el historiador de Edgar, cuanto que el rey estaba ligado con el vínculo del matrimonio (1). Penetrado San Dunstano de un amargo dolor, fué á verse con el rey, el cual salió á recibirle alargándole la mano como lo tenia de costumbre, para hacerle sentar en su trono; pero el arzobispo retiró la suya y dijo: ¿qué! vos afreveis á tocar con vuestra mano impura la mano consagrada por la consagracion del Hijo de la Virgen, vos que sois el corruptor de una virgen y el robador de una esposa destinada al Hijo de Dios? No creais que habeis de apacar al amigo del esposo con las demostraciones lisongeras de vuestro afecto. Yo desprecio la amistad de los enemigos de Jesucristo.

Edgar creia, como la mayor parte de los príncipes que se dejan llevar de sus pasiones, que estaba muy oculto lo que tenia ya escandalizado á todo el reino. Hicieron en él una impresion vivísima las reconvencciones de Dunstano, en tales términos que se postró á sus pies, confesó su delito y pidió perdon llorando amargamente. El buen pastor le levantó inmediatamente sin poder contener las lágrimas, le dió las mayores pruebas de un celo tierno y puramente paternal, y le puso á la vista toda la enormidad de su delito. Habiéndole dispuesto de este modo para una satisfaccion plena, le impuso una penitencia de siete años, en los cuales debia hacer limosnas muy abundantes; ayunar dos dias á la semana y no ponerse la corona; prohibicion muy singular, segun nuestras ideas, pero interpretada de un modo muy diferente en una época en que la sociedad estaba constituida sobre una base católica. A fin de reparar aún mas di-

rectamente la falta cometida por el príncipe y restituir en proporcion de ciento por uno, si es permitido explicarse así, la esposa que habia robado al Señor, ordenó Dunstano que levantase un monasterio de virgenes, que desterrase de las iglesias á los clérigos de malas costumbres y pusiese en su lugar religiosos santos, y por último, que promoviese el aprecio debido á la justicia y á todas las virtudes con leyes que hiciera observar rigurosamente.

Cumplió el rey Edgar exactamente toda su penitencia, y sin duda dió á luz entonces las leyes que tenemos de él acerca de varias materias eclesiásticas. Prescribió en ellas estirpar del todo los restos de la idolatría, como la adivinacion, los encantamientos y ciertos honores, muy semejantes á la adoracion, que se tributaban á los hombres (1); encarga bautizar á los niños dentro del primer mes de su nacimiento, poco mas ó menos, y renueva la prohibicion apostólica de comer sangre. Establece también reglas para la confesion y cánones penitenciales: señala siete años de ayuno por el homicidio y por el adulterio, tres á pan y agua, y los cuatro restantes al arbitrio del confesor. Mas estas penitencias son conmutables y redimibles, y por lo menos los enfermos pueden trocar el ayuno por limosnas, con cuyo objeto regula cada dia de ayuno en un dinero, moneda de aquel tiempo, suficiente para sustentar á un pobre. Puede trocarse igualmente cada dia de ayuno por sesenta genuflexiones y otros tantos *Pater noster*, ó por cierto número de Salmos. Equivale una misa á doce dias de ayuno: los ricos podian disminuir el tiempo de la penitencia si ayunaban por ellos otros todos los dias á que ésta se estendia; pero debian dar limosnas considerables, y hacer muchas obras penosas que se les prescriben

(1) Vit. Edg. num. 25.

(1) Tom. 9 Concilior. pago 688.

personal é indispensablemente. Cita otra especie de penitencia muy recomendada entonces, y que se llamaba penitencia profunda, acostumbrada por las personas legas, y que consistia en ir con los pies descalzos á una peregrinacion distante, presentándose en todos los lugares devotos sin entrar en las iglesias, no acostándose dos veces en un mismo sitio, ni durmiendo en blando lecho, privándose de los baños calientes, no cortándose el cabello ni las uñas, y no probando la carne ni ninguna bebida capaz de producir la embriaguez.

En el mismo reinado y con la autoridad del Papa y del rey, convocó San Dunstano un Concilio de toda la nacion (969), al que concurrió Edgar, pronunciando contra el libertinage del clero un discurso vehemente, en el que brillan algunas imágenes que nos admirarian si no conociésemos la horrible confusion de que apenas acababa de salir la Inglaterra despues de las incursiones y larga tirania de los normandos. Reprende el rey no solo los vestidos indecentes de los clérigos, sus ademanes disolutos y sus conversaciones obscenas, sino que representa á muchos de estos miembros gangrenados del santuario como á hombres entregados á los últimos excesos de la intemperancia y de la impureza, de tal modo que sus casas pasaban plaza de lugares infames, ó á lo menos de punto de reunion de los charlatanes y bufones, donde gastaban las noches en juegos de suerte, en cantar y bailar con un estrépito que escandalizaba á todos. Pero yo empuño el acero de Constantino, dice el rey á los obispos, y vosotros la espada de Pedro: hagamos uso de ellas al propio tiempo para limpiar la casa de Dios de todo aquello que la deshonoró. Y dirigiendo despues la palabra al santo arzobispo: ahí teneis, le dice, á Ethelvoldo de Winchester y á Osualdo de Worcester, quienes os prestarán todo géne-

HISTORIA GENERAL (AÑO 961) ro de auxilios. En manos de vosotros tres deposito mi autoridad Real para que uniendo á ella la del sacerdocio espelais de las iglesias á los clérigos que las profanan con su vida impura, y pongais en su lugar eclesiásticos de buenas y ejemplares costumbres. A vista de semejantes comisiones no debemos estrañar que los obispos de aquellos tiempos usasen de la potestad exterior, y aun de la afflictiva en ciertos casos. En este espidió San Dunstano un decreto, prescribiendo á todos los canónigos, presbiteros, diáconos y subdiáconos que ó guardasen continencia, ó dejasen su iglesia; y cometió su ejecucion á los dos obispos que el rey le habia designado: prelados dignos en efecto de serle asociados, y venerados con culto público despues de haber sido en compañía de Dunstano los restauradores de la vida regular en la iglesia de la Gran Bretaña.

San Ethelvoldo, natural de Winchester, recibió en esta misma ciudad juntamente con San Dunstano el sagrado orden del sacerdocio, de manos de su obispo Elfego, colocado tambien en el catálogo de los Santos (1). Retiróse despues á Glastemburi bajo la direccion de Dunstano, que le dió el hábito monástico; mas la fama de sus virtudes y de su ciencia, particularmente en la sagrada Escritura y en las observancias y prácticas regulares, llegó hasta la corte, y fué causa de que le diesen el monasterio de Abendon, que estaba en la mayor decadencia. Habia ya restablecido en él toda la regularidad de los antiguos solitarios, cuando habiendo vacado el obispado de Winchester, el rey Edgar le encumbró á esta Silla para que estableciese la disciplina entre los clérigos, como lo verificara entre los monges. Principió Ethelvoldo por el clero de su iglesia á desempeñar la comision que habia recibido

(1) Act. SS. Bened. saec. V. pag. 609.

del Concilio y del rey. Mas eran tan viciosos, tan indóciles é insolentes los canónigos de esta catedral, que toda la autoridad del santo obispo Elfego no habia podido conseguir enfrenarlos. Despues de haberles dirigido Ethelvoldo muchas advertencias infructuosas, hizo venir algunos monges de Abendon, monasterio enteramente reformado, y único, á escepcion del de Glastemburi, en que se observaba una regularidad perfecta en Inglaterra.

Llegaron á principios de Cuaresma cuando se celebraban los Divinos Oficios. La corte y el obispo tenian ya tomadas de común acuerdo las providencias que creyeron convenientes; y habiéndose presentado en la Iglesia en el mismo acto un ministro enviado por el rey, intimó á los canónigos que ó tomasen el hábito monástico ó cediesen el lugar á los monges. Aterrados con la sola idea de semejante mudanza salieron todos precipitadamente, y solo regresaron tres de ellos despues de algún tiempo, sujetándose á las observancias regulares. Este cabildo, convertido así en un establecimiento monástico, se llenó muy pronto de dignos varones, acudiendo en gran número las personas piadosas atraídas del buen ejemplo de los monges. Eran tan acreedores á esta humillacion los clérigos espulsos, que no podia esperarse la perdonasen fácilmente; y así se vengaron con toda la infamia que es natural á unos eclesiásticos disolutos y justamente deshonorados, envenenando á Ethelvoldo un dia que comió en la mesa de los huéspedes. Sintió el obispo el efecto del veneno, y creyendo inevitable su muerte se levantó de la mesa y corrió á recostarse en la cama. Recobrado de este primer susto, dijo dentro de sí mismo: ¿dónde está tu fé, Ethelvoldo? No dijo Jesucristo que á los que creyesen no les harian ningun daño los venenos mas mortíferos? Calmó al punto el dolor, siendo perfecta su

curacion, y el Santo perdonó á los envenenadores.

Era San Osualdo sobrino de San Odon, quien le impuso en las letras y en la piedad: fué canónigo y despues dean de Winchester (1). Mas no produciendo ningun efecto los esfuerzos que hizo para corregir las costumbres licenciosas de los canónigos, se vió obligado á abandonar su dignidad y aun su propia patria, buscando un género de vida menos peligroso para su alma. Retiróse, pues, á Francia, donde tomó el hábito monástico en la abadía de Fleuri del Loira, reputada por los ingleses como la fuente mas pura de la perfeccion ascética. Despues regresó á Inglaterra en fuerza de las repetidas instancias de Odon, que se proponia hiciese participantes á sus compatriotas de los tesoros de gracia que habia corrido á ganarse á tanta distancia. Mas no tuvo el consuelo de volver á ver á su santo tio, cuya muerte supo al desembarcar en Douvres (961). Cumplidos los deberes que prescribe el parentesco, buscó la compañía de Osquitil, obispo de Dorchester, que era tambien deudo suyo y que fué trasladado al cabo de algunos años al arzobispado de York. San Dunstano que miraba de continuo por los progresos de la Religion, dió entonces una idea del mérito de Osualdo al rey Edgar, quien le dió el obispado de Worcester. Estableció desde luego el nuevo obispo un monasterio de doce religiosos en Westburi, á fin de conservarse allí él mismo en espíritu de recogimiento, y despues fundó otro mas considerable en Remsei. Por comision del rey y del Concilio transformó en monasterios dentro de su diócesis siete iglesias, en que habia unos clérigos de perversas costumbres; reformó tambien fuera de su diócesis las iglesias de Eli y de San Albano, y al fin espiró á 29 de febrero de 992, des-

(1) Act. SS. Bened. saec. V. pag. 728.